



NUESTRA EXPERIENCIA CON MENORES FAMILIARES DE
DETENIDOS DESAPARECIDOS Y EJECUTADOS POLITICOS.

Hemos atendido a estos menores desde mediados de 1980 y nos proponemos describir lo que hemos visto y lo que hemos experimentado junto con ellos:

En primer lugar, había en ellos un estado de dolor intenso y el sentimiento de estar viviendo una catástrofe familiar de la que percibían algunos elementos pero, que, justamente por la intensidad de la situación - era difícil que la madre pudiera aclarar y/o dar un espacio afectivo para recepción de sus dudas, sus inquietudes compartir sus sentimientos o apoyar sus angustias.

Siempre la situación familiar de una familia que pierde a un miembro es dolorosa y lo es más dramática aún cuando hay niños pequeños. ¿En qué varía o qué hay de particular en las situaciones vividas por estas familias?

Estos ciudadanos ejecutaban acciones que hasta antes del golpe eran lícitas, constitucionales, aceptadas. Esto tiene relación con la conmoción que viven sus familias cuando se enteran que han sido ejecutados: desconcierto, incredulidad, perplejidad; es la violencia de una muerte que se sabe, que se siente



injusta y es siempre prematura. Es una muerte violenta, que quiebra, que desestructura. Pero también en ella se percibe un autor, unos autores.

Estos elementos bloquean el curso del proceso de duelo que debería iniciarse a continuación de la muerte del padre. Pareciera que el poder informar de los hechos, explicarlos y compartir el dolor es uno de los elementos que facilitan la existencia del proceso de duelo. También lo es que el padre o adulto sobreviviente esté al lado del niño de tal forma que su presencia sea reconfortante y segurizante para él.

¿Qué vivieron estos niños?

Que de la muerte del padre no podían hablar porque toda la familia está atemorizada además de estigmatizada. Que su madre vivía un estado de perplejidad e indefensión tal, que era difícil pensar que ella fuera capaz de clarificar los hechos vividos y otorgarles la información clara que habrían requerido porque ni ella misma sabía porqué los habían muerto, dónde habían muerto o dónde estaban sus restos. Tampoco era posible contar con la presencia reconfortante y segurizante del adulto sobreviviente porque las madres debieron realizar innumerables diligencias por años de años en muchos casos, para solicitar información sobre los restos del esposo asesinado.

Un proceso de duelo es posible que sea vivido



"sanamente" por los niños y la vida cotidiana nos señala hechos de este estilo; son dolorosos y difíciles pero la vida marca una senda de resolución: hay elementos sociales que lo apoyan; hay hechos culturales que lo condicionan: los ritos funerarios están presentes en todas las culturas y pareciera que permiten la socialización del dolor.

Pero nada o muy poco de ésto han tenido estos niños hijos de víctimas de la represión política.

La muerte del padre ha sido vivida en un ambiente, en un clima social y familiar de desprotección y desvalimiento. A ello habría que agregar muchos otros elementos pero detengámonos en uno: la comunicación de la muerte a sus pares. El niño sabía, presentía que tenía una orden protectora de la madre -pero no por eso menos impositiva- de, "no contar". Este sentimiento de profundo dolor, con las características que sabemos que tiene un hecho como la muerte del padre, no podía ser hablado con los amigos, con los vecinos, con los compañeros de curso! Es decir, la historia del padre genera este drama y desencadena además un peligro para la estabilidad familiar. La muerte es amenazante.

Esto explicó en muchos casos el proceso de autocensura que se impusieron algunas familias como forma de protegerse. Pero que a la larga no hizo más que

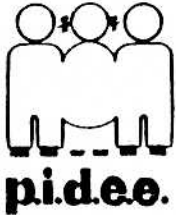


"congelar" el duelo y prolongar su condición psicológica, esta vez con rasgos francamente de un duelo patológico. Expresiones de esto son los casos de muchos de nuestros pacientitos que pasaron años sin poder llorar la muerte del padre lo que significa que se privaron de vivenciar la pena; que les ha costado mucho vincularse con la emoción "adecuada" a lo vivido. De nuevo, aparecen estas conductas como protectoras pero que al necesitar hacerse permanentes, se cronicaron y se hicieron patológicas.

¿Qué pasó con los hijos de los detenidos desaparecidos?

En estos casos ni siquiera podemos hablar en pasado. No sabemos qué pasó con sus padres y esto marca un hecho determinante. No hay condiciones para hacer duelo. Hay una pérdida que se va haciendo definitiva al paso de los días y al paso de los años pero nunca es claramente muerte. No permite resolución.

Pero vamos por paso. Cuando el padre es detenido, se produce un impacto en la familia. La madre realiza un sinnúmero de gestiones de distintas características que les permite ir perfilando que está efectivamente detenido pero nadie responde que lo haya sido. Puede tener incluso testigos de la detención pero no aparece reconocido legalmente. Ello genera pánico en ella por quién será el próximo y si el próximo será también alguien de su núcleo familiar. Todos estos hechos



son vistos por los niños en primer lugar como un doble abandono: el del padre al haber sido detenido y el de la madre que de la mañana a la noche recorre cárceles, comisarías, habla con éste y el de más allá y no está nunca en casa cuidándolos. Generalmente algún hermano mayor o un vecino generoso se hacen cargo. Esto hace que los roles paternos (padre y madre) sufran un cambio dramático lo que se hace no en ambiente óptimo y que pudiere resultar enriquecedor sino por el contrario, abruptamente y en medio de intensa ansiedad.

Habitualmente las madres ocultaron la información a los niños sobre la detención del padre por diversas razones, bajo las que subyace la idea de protegerlos del dolor. Sin embargo, este mismo hecho hace que la confusión del niño sea mayor. Se pregunta "¿por qué si está en otra ciudad, no me llama?" o "¿por qué no se despidió de mí?" etc. En el curso de los años ésto ha variado pero la información que otorga la madre no es nunca completa porque ella tampoco tiene más información que estos pedacitos de rompecabezas. En definitiva, el niño estructura su percepción de lo que le ha acontecido al padre con deducciones lógicas, medias informaciones, lo que escucha por ahí, etc. Ninguno de estos elementos llevan la claridad que requieren los hechos vivenciales para ser asumidos equilibradamente.

A pesar de los años transcurridos y del sinnúmero



de informaciones y situaciones que han entregado luces sobre la suerte corrida por los detenidos desaparecidos, llama la atención la persistencia de la duda. "¿Estará vivo? ¿dónde? ¿estará muerto? ¿dónde?". Es una duda que asume facetas y que revela desesperación, a veces desesperanza, que muestra la urgencia de resolución y el temor a que ella indique muerte. ¿Cómo viven los niños estas contradicciones?

Pero antes, pensemos en qué le pasa a un niño cualquiera cuando tiene dudas, cuando no tiene claridad respecto a alguna situación particular: diríamos que en términos generales desarrollan diversas conductas que lo llevan a respuestas satisfactorias en medio de gran inquietud motora, dificultades para concentrarse y ansiedad en muchos casos. ¿Qué hacen los padres o los adultos cercanos en estas circunstancias? Los acogen, los orientan, responden sus demandas intentando apropiarse su lenguaje, la modalidad de éste, el momento preciso. En otras palabras entregan claridad.

En estos niños, hijos de víctimas de la represión, la propia duda respecto del destino de sus padres ha debido enquistarse, ha debido guardarla; intuye que no puede preguntar; que ello amenaza la precaria estabilidad de su hogar. Y cuando conoce de lo que ha pasado, no hay nadie que le pueda "aclarar" lo sucedido. El niño vive entonces en un estado permanente de ansiedad encubierta.

